

MARIO FERRERO

César Vallejo, perfil de Indoamérica

Imagen humana

"Ahora me he sentado a caminar..."

Vallejo, *Poemas Humanos*.

Sigámoslo de lejos, sin despertar el aire de su paso, ni la sombra estelar de su lamento. El hombre que camina, cansado, contra el tiempo, lleva "remachada una lágrima en el pómulo" (1). Le cruje en la osamenta un arpa vieja. La mirada sin fondo, casi humana, es una herida más en el rostro cobrizo de alta frente, con la sien angular de corte andino y un cóndor que ya vuela entre las cejas. "Me friegan los cóndores" (2), grita. Y su grito se pierde al otro lado del viento.

"Me friegan los cóndores". Y sin embargo, huele hacia el Perú, huele un olor a bosta y a pobreza. Y torna a caminar, sentado en una silla coja, sin otra compañía que la llaga salina que le ha dejado el viento. Después se tiende al sol de su miseria y comienza a caminar hacia dentro, a dialogar con el pan de su niñez, con los signos oscuros de su tiempo, con el dolor del hombre hecho ceniza. Comienza a "lavarle al cojo el pie y ayudarle a dormir al tuerto próximo" (3), lentamente, hasta que lo vence el sueño del olvido.

Una arena rojiza le bate el pelo seco, le sopla entre los huesos el polvo interminable de la sierra. Desde ese día, su cadáver ardiente se va haciendo piedra de eternidad, grito persistente en los oídos, palabra ensangrentada al fondo del abismo. No es un muerto más en la historia de la poesía. Es de esos muertos inquietos, que dentro de la tierra comienzan a crecer, rompen los sellos y las urnas y salen de nuevo a recorrer caminos: primero, los de América; después, el ancho camino del mundo.

De su sueño de piedra iremos sacando flores, fotografías amarillas, palabras de ultratumba, imprecaciones, llanto contenido. Con estas brasas, armaremos el fuego de su vida.

La primera noticia que tenemos del poeta es que "nació un día que Dios estuvo enfermo; enfermo, grave" (4). Esto ocurrió en la sierra peruana, bajo un paisaje de cuero antiguo, en el barrio Cajabamba de la ciudad de Santiago de Chuco, posiblemente el 15 de marzo de 1892 (5).

(1) César Vallejo: *Epístola de los transeúntes*, *Poemas humanos*, (París, Les Editions des Presses Modernes, Au Palais Royal, 1939).

(2) Vallejo: *Telúrica y Magnética*, *Poemas Humanos*.

(3) Vallejo: *Me viene, hay días, una gana ubérrima*, *Poemas Humanos*.

(4) Vallejo: "Espergesia", *Los heraldos negros* (Lima, 1918, sin indicación de editor ni pie de imprenta).

(5) Ver André Coyne, "Apuntes biográficos de César Vallejo"; Francisco Izquierdo Ríos, "Santiago de Chuco y César Vallejo" y "Vallejo y su tierra"; Raúl Porras Barrenechea, nota biobibliográfica en *Poemas Humanos*; Luis Monguió, "César Vallejo, Vida y Obra".

La casa de la calle Colón N.º 96, que escuchó el primer llanto del poeta, es una construcción de adobes de dos pisos, de amplio portón, poyo y patio empedrado, con una ventana interior a media altura y el viejo alero español que recoge los nidos y las lluvias. Está situada en una calle estrecha y colonial, por la que transitaban los indígenas a hurtadillas, pegados a la pared, junto a las hornacinas y los campanarios. Desde un ventanuco interior, la familia contempla el cementerio del pueblo; un cementerio casi alegre, donde los caballos pastan la hierba seca de la muerte (6).

Para tener una idea de lo que era Santiago de Chuco en el siglo pasado, bástenos decir que en 1940 la ciudad no alcanzaba a los cuatro mil habitantes y la luz eléctrica sólo existía en dos mansiones feudales, como de leyenda. El poblado está ubicado a tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar, en una pequeña costra andina, agrícola y ganadera, y cuya gente se dedica en las tardes a oficios artesanales: talabartería, forja, cacharrería indígena y mestiza, siempre subiendo y bajando interminablemente la sierra, mientras el silencio cordillerano invade la ciudad. El pueblo tiene un santo propio, el apóstol Santiago, cuya fiesta se celebra desde el 13 de julio hasta el 2 de agosto de cada año, en una larga euforia entre mística y pagana. Además del Apóstol Santiago, presiden la ceremonia el pisco y la chicha, en una extraña comunidad, cuyo parentesco suele echar a los santiagueños a la cama por el resto del invierno (7).

La conformación racial y lingüística de la provincia es netamente mestiza, con un porcentaje relativamente bajo de indios y desconocimiento casi absoluto del quechua o el aymará. El uso del castellano es casi general. La fusión de razas, con predominio de la blanca, permite hablar de una condi-

ción indohispánica, mestiza, chola, extendida a la gran mayoría de la población.

A la fecha del nacimiento del poeta, su padre, don Francisco de Paula Vallejo Benítez era un hombre casi viejo, serio y reconcentrado. La madre, doña María de los Santos Mendoza y Guerreonero, extremadamente silenciosa, muy católica, con altar en el dormitorio y el muro lleno de estampas. Son once hermanos, de los que César es el menor, y la economía familiar es una lucha constante y despiadada. El ambiente hogareño no puede ser más opaco: toda es gente seca, monótona, gris, que se mueve en un mundo espeso de lamentaciones y tristezas.

Mirando un poco más lejos, Vallejo procede de dos sacerdotes españoles, unidos en amorosa solicitud a dos nativas peruanas: Justa Benítez y Natividad Guerreonero. Su abuelo paterno, el sacerdote mercedario don José Ruffo Vallejo. Su abuelo materno, el reverendo padre don Joaquín de Mendoza, cuya calidad de reverendo no puede ofrecernos la menor duda (8). Este singular ancestro hispanoindígena, habrá de determinar en el poeta varias de sus características esenciales. Desde luego, su universalidad idiomática, enriquecida por la sugestión de su simbología, pero de un casticismo barroco y repujado dentro del cual late la nostalgia del orientalismo indio. Y junto a él su fuerza cósmica y andina, tan dramática, cargada de las supersticiones y los signos extraños de las viejas culturas americanas.

Este ancestro se expresará en Vallejo como una permanente trizadura, un desajuste de sentimiento y tradición cultural, un choque anímico y emocional que no termina de asimilar su raíz conceptual y metafísica, y que dará a su poesía ese tono nuevo, fuerte y angustiado, indoamericano por excelencia, propio de un continente cargado de dudas y preguntas, que lleva la miseria pega-

(6) Izquierdo: "Vallejo y su tierra" (Lima, editorial Rímac, ediciones Selva, 1949).

(7) Ver Monguió, "César Vallejo, Vida y Obra" (Revista Hispánica Moderna, año XVI, N.os 1 al 4, enero-diciembre 1950, Columbia University, New York).

(8) Juan Larrea: "Conmemoración de César Vallejo" (Cuadernos Americanos, México, año I, vol. II, N.º 2, marzo-abril 1942); Edmundo Cornejo, en prólogo a "Antología de César Vallejo" (Lima, ediciones Hora del Hombre, 1948).

da al hueso y el hambre espiritual en la mandíbula.

La primera manifestación poética de Vallejo, profundamente simbólica, data de los cuatro años de edad. Un día, al paisaje seco y pedregoso de la sierra, llega un desconocido a preguntar por el padre. En ese momento no hay nadie en la casa, solamente el niño que juega en un rincón. El desconocido se acerca y pregunta en tono cordial: ¿Y, tú, cómo te llamas? A lo que el niño responde muy serio: "Me llamo Pancho Vallejo, ocho más uno, nueve" (9).

Años más tarde, tenemos a Pancho Vallejo convertido en estudiante en su ciudad natal. Un escolar inteligente e inquieto, aunque bastante irregular. A menudo se escapa a jugar al pillarse a la iglesia vecina, habitualmente en compañía de su hermano Miguel, por quien siempre sintió una especial predilección y que, al morir: "le hace una falta sin fondo" (10). Le gusta vagar solo, sin destino definido, golpeando las piedras con una vara de mimbre. Y más de alguien lo escuchó hablar en voz alta unas palabras extrañas, como en un desafío. Desde pequeño es rebelde, desordenado, de fuerte personalidad. De continuo llega tarde a la casa. Se le ve en la calle conversando con desconocidos, preferentemente con la gente humilde: campesinos, arrieros, los artesanos de la feria. ¿Conversando de qué? De las faenas, de las miserias humanas, de las cosas del pueblo.

De sus estudios secundarios durante la adolescencia, sólo sabemos que los cursó en el Colegio Nacional de San Nicolás, en Huamachuco, plantel en el que consta su matrícula de ingreso en 1905 (11). Desde este momento hasta 1913, año de su ingreso a la Facultad de Letras de la Universidad de la Libertad, en Trujillo, toda reconstitución biográfica, que se pudiera intentar, no pasa del plano de las conjeturas. En la Uni-

versidad, simultáneamente a sus estudios de Letras, cursa hasta el tercer año de Derecho, y al mismo tiempo oficia de profesor primario en el Colegio Nacional de San Juan. Como si toda esta actividad aún fuera poca, da comienzo a sus labores literarias. Y en las vacaciones, impulsado por las necesidades hogareñas, se emplea en las haciendas vecinas, donde seguramente vivió los problemas del campesinado peruano que más tarde defenderá con calor por boca de Fernando Huanca, el protagonista indio de su novela *El Tuxteno*.

En sus funciones de profesor primario, siempre tuvo Vallejo un inconveniente grave: el de enseñar a sus discípulos a desfilar marcialmente. Sus amigos de aquella época recuerdan que las presentaciones públicas de sus alumnos eran una verdadera calamidad. Ciro Alegría ha contado que el profesor era bastante distraído y que "a fin de curso no suspendía o reprobaba a nadie" (12). Las clases comenzaban a las ocho, pero invariablemente cerca de las nueve se le ve cruzar corriendo la puerta de entrada, con la melena revuelta y la corbata a medio hacer. Un día de tantos, el Director le llama severamente la atención. Discuten. ¡Y, claro, como uno de ellos es Pancho Vallejo, ocho más uno nueve, termina violentamente su carrera de preceptor!

No andan mejor las cosas en la Universidad. Hay descontento, una ola de insatisfacción social invade los claustros universitarios, donde se fabrican señoritos de sociedad, abogados usureros que más tarde habrán de apoyar a los latifundistas en la usurpación de tierras o médicos que recetarán cataplasmas a cambio de una cabeza de ganado. En los patios se habla en forma febril de la necesidad de una reforma. En la primera línea de las discusiones está el poeta Vallejo, el que ese mismo año de 1915 da examen de grado con una tesis acerca de "El Romanticismo en la Poesía Castellana".

Entre tanto, muchas cosas han ocurrido

(9) Cornejo, pról. cit.

(10) Vallejo: "A mi hermano Miguel", *Los heraldos negros*.

(11) Alberto Tauro: "Elementos de literatura peruana" (Lima, ediciones Palabra, 1946).

(12) Ciro Alegría: "El César Vallejo que yo conocí" (Cuadernos Americanos. año III, N.º 6, México, 1944).

antes de ese solemne final de año. Vallejo ingresa a un grupo literario de extrema izquierda, el futuro Grupo Norte de 1922 y desde allí establece contacto con la vida intelectual limeña. Ya ha publicado sus poemas en los diarios *La Industria* y *La Reforma* de Trujillo, también en la revista *Balnearios*, de Lima. Incluso, se podría decir que ha alcanzado cierta notoriedad.

La búsqueda interior que caracteriza a esta etapa de su vida, las primeras formulaciones de su teoría poética, el despertar de su conciencia política, lo arrastran a una bohemia descontrolada. Bebe, se amanece discutiendo en el café, se pierde durante semanas enteras en compañía de extrañas mujeres escasamente diurnas. Y en torno a su nombre se comienza a tejer una leyenda negra. Se habla de opio, de un rapto a media luz, de aventuras nocturnas, de un duelo por amor en el que habría sido reemplazado por uno de sus amigos.

Por esos días, el poeta tiene la malhadada ocurrencia de enviar unos versos a la revista *Variedades* de Lima, cuyo crítico es Clemente Palma. El espaldarazo oficial que buscaba Vallejo resulta por demás grotesco, absurdo y falto del más elemental sentido de medida. Además de los insultos gratuitos que el crítico infiere al poeta, ilustran el comentario de Palma tres caricaturas con carácter de parodia que representan, respectivamente, al poeta amarrado a los rieles del ferrocarril a Malabrigo; al poeta, comiéndose sus propios manuscritos, los que suponen impresos en hojalata; y al crítico, cortando con un serrucho el cuerpo del poeta, en una cama de hospital (13). Hecho que no es extraño, si consideramos la metodología de la crítica poética que se ha venido practicando, durante siglos, en América Latina.

César Vallejo llega a Lima a principios de 1918 y de inmediato se pone en contacto con los intelectuales. Lo acompañan su gran

melena lacia, abundante y negrísima, la cara de líneas duras y su eterna corbata de lazo, caída sobre el pecho huesudo (14).

La recepción limeña dista mucho de ser entusiasta. La verdad es que se le soporta apenas, incluso entre los poetas, los que no ven con buenos ojos la actitud altanera, vehemente y segura de sí misma, con que los viene a desafiar un provinciano. A las primeras publicaciones, los lectores se asustan y echan a correr calle abajo hasta el Café Cuzqueño. Los críticos, como siempre, contribuyen con las flores mortuorias y la impresión negativa se va haciendo general. Miró ha puntualizado que "el ambiente limeño le es hostil. Los oídos encomenderos no soportan esta voz bronca y áspera, desgarradora y punzante, acusadora y viril. Vallejo vive una vida oscura y solitaria, es el provinciano desadaptado e inadaptable, es el cholo Vallejo" (15). Entonces comienza a vagar por las afueras de la ciudad, a recorrer las chinganas limeñas, donde la tristeza le va royendo lentamente los huesos.

Una de esas tardes, recibe una invitación de José Carlos Mariátegui. El poeta asiste de malas ganas. La escena representa un pequeño departamento atestado de libros, donde unos hombres conversan. A un costado, la salamandra en que se está preparando el té. Alguien recita unos versos de Abraham Valdelomar, integrante del Grupo Colónida, que acaba de morir y que dos años antes había dado a conocer el nombre de Vallejo en su antología *Las Voces Múltiples*. Al centro de la pieza, la silla de un inválido y en ella, cubiertas las piernas por un chamanto de vicuña, la figura esmirriada y cordial de Mariátegui que no se cansa de hablar. Se discute la posición inicial del Aprismo, a la que se oponen las ideas del internacionalismo proletario, propias del materialismo dialéctico. Vallejo escucha y observa con apasionado interés. De vez en cuando inter-

(14) Antenor Orrego: Prólogo a *Trilce* (Lima, 1922); Alegría, "El César Vallejo..."

(15) César Miró: prólogo y tres notas, en *César Vallejo. Poesías Completas* (Buenos Aires, editorial Losada, 1949).

(13) Monguió, *César Vallejo, Vida y Obra*. La cita viene ilustrada con un facsímil de la página literaria de la revista "Variedades", Lima, 22 de septiembre de 1917.

viene con frases breves, punzantes, agudas. Al despedirse, Mariátegui le dice sonriendo: "Cuando esté solo venga a verme. Todavía me queda un poco de té". Y el poeta vuelve a menudo, ayuda a corregir folletos y manifiestos, y secunda de cerca al político en la publicación de la revista "Nuestra Epoca". Años más tarde, desde Europa, los dos ilustres peruanos mantendrán correspondencia continua y Vallejo será un colaborador ejemplar de la revista "Amauta", el gran desvelo de Mariátegui.

En 1918, Vallejo publica *Los Heraldos Negros*, edición que en el primer momento pasa inadvertida. Los críticos guardan silencio. Las señoras de las tertulias literarias no se atreven a chistar. Pero el poeta sabe muy bien lo que ha hecho y está dispuesto a despejar el camino, a abrir, a cualquier precio, un cauce a su desgarradura.

Por consejo de uno de sus íntimos, organiza una reunión a la que invita a la prensa. Durante un largo rato se producen diálogos dispersos, sin que el poeta logre encauzar el hilo de sus declaraciones estéticas. Pero de pronto salta la pregunta de rutina, tan propia del periodismo banal. Un reportero inquiere: "¿Si Ud. no hubiera sido poeta, qué cosa le habría gustado ser?" Vallejo lo mira a los ojos, sin pestañar, muy serio. Y contesta con otra pregunta: "Si Ud., en lugar de ser reportero hubiera sido perro pequinés, movería la cola los días jueves?" (16).

Esta respuesta es la que produce el milagro. Al día siguiente, todo Lima habla de César Vallejo, "el loco Vallejo, un hombre con cara de pedestal". No obstante, en torno a *Los Heraldos Negros* continúa el silencio. Luis Alberto Sánchez recuerda que "cuando Vallejo publicó *Los Heraldos* hubo que pelearse con la crítica oficial. El libro fue recibido con frialdad o indiferencia crítica, o cayó en el vacío y el desprecio, o

no fue comprendido, sino recónditamente, por algunos amigos" (17).

Otra escena lejana, borrosa, nos muestra a Vallejo preso en la cárcel de Trujillo, el 6 de noviembre de 1920, condenado por "incendio, asalto, homicidio frustrado, robo y asonada" (18), según reza la encargatoria de reo de los Tribunales de Trujillo. Se trata de una historia larga y lamentable, que tiene como telón de fondo el descontento popular durante los primeros años de la dictadura de Augusto Leguía. En la acusación, se culpaba al poeta de haber incendiado, en compañía de dos de sus hermanos y un grupo de amigos, la residencia del oligarca Carlos Santamaría, imputación absurda, como quedó posteriormente demostrado durante el juicio. La verdad sobre este asunto es que el poeta participó en las revueltas callejeras, días después de haber asistido en Santiago de Chuco a las festividades del Apóstol Santiago, a su vez culpable de la euforia etílica que convirtió en desorden general lo que pudo haber sido un simple mitin de protesta por el no pago de ciertos salarios. Debido a este penoso incidente, Vallejo permanecerá en la cárcel durante cuatro meses, hasta el 26 de febrero de 1921. Posteriormente en *Trilce*, encontraremos frecuentes alusiones a los días de prisión en la cárcel de Trujillo, en la que el poeta "mantuvo tal dignidad y varonía que impuso respeto a todos" (19).

Recién salido de la cárcel y a manera de rehabilitación artística y moral, Vallejo gana el primer premio del Cuento Nacional en un concurso organizado por la Sociedad Cultural *Entre Nous*, con su relato *Más allá de la vida y de la muerte*. Con el importe del premio edita *Trilce*, con prólogo de Altener Orrego, en los talleres tipográficos de la Penitenciaría de Lima. Como saludo de la crítica y el público, de nuevo el

(16) Narrado por el poeta y periodista peruano Alberto Valencia, en conversación sostenida en el diario "La Nación" de Santiago de Chile, en agosto de 1952.

(17) Luis Alberto Sánchez: "Índice de la poesía peruana contemporánea". (Santiago de Chile, ediciones Erica, 1938). Monguió, "César Vallejo"; Cornejo, "Antología", "Tauro", "Elementos".

(18) Miró, prólogo a "Poesías Completas".

(19) Monguió, "César Vallejo".

silencio, la postergación, el olvido. Sin embargo, el poeta no se deja abatir y defiende su libro con el fervor de un alucinado. En carta a Orrego, fechada a pocos días de su aparición, le dice: "El libro ha nacido en el mayor vacío. Soy responsable de él. Asumo toda la responsabilidad de su estética. Hoy, más que nunca quizás, siento gravitar en mí, una hasta ahora desconocida obligación sacratísima, de hombre y de artista. ¡La de ser libre!" (20).

Cierran el ciclo peruano de la obra de Vallejo, dos libros en prosa publicados casi simultáneamente a principios de 1923: "Escalas Melografiadas", un volumen de cuentos impreso en los talleres de la Penitenciaría y que contiene su hermoso relato "Cera", conocido también como "El chino de los dados", y su novela breve "Fable Salvaje", que constituye el número nueve de la colección "La novela peruana".

Con estos cuatro fracasos editoriales, espiritualmente destruido, insatisfecho, triste, se despide para siempre de América, a la que aún no regresa. Se podría creer que a partir de este momento se convertirá en un desarraigado, en un cosmopolita sin tradición, a la deriva de la moda y las piruetas formalistas europeas. Pero le ocurre, precisamente, lo contrario. Se le agranda el Perú en la nostalgia del regreso. Le crece América hasta tal punto que se convierte en el portavoz del nuevo sentimiento indohispánico. Se le multiplica la vivencia del continente indómito. Y enfrenta la concepción de su estilo, con audacia y seguridad, oponiendo su poderosa intuición lírica a las escuelas decadentes de la poesía europea tan en boga en aquellos años.

"Acostúmbrate a comer poco, que en París comeremos piedrecitas" (21), le dice días antes de partir a Jacinto Gálvez, su compañero de viaje. Y piedras comerá en París. Y hasta el día de su muerte, sólo piedra y ceniza.

El poeta zarpa a Europa, con destino a Francia, a mediados de 1923. Un viaje como todos los viajes, sin novedad: agua encima del barco, debajo el cielo. Todo está trastocado. El drama de Vallejo continúa haciendo crisis.

Su vida en Europa es extraordinariamente desigual, sin asidero definitivo. A períodos de amarga soledad y desesperanza, sobrevienen períodos de arduo trabajo, de constante actividad intelectual y política. En ambos, lo acompaña siempre su miseria sin cuartel, la que lo obliga a vivir en hoteluchos: Ribauté, Molière, des Ecóles, vagando interminablemente, como lo hacía cuando niño en Santiago de Chuco.

Juan Larrea ha trazado una síntesis de esta etapa de su vida: "Años 23, 24, 25, inviernos ateridos, con domicilio intermitente y alimentación incierta. Años 26, 27, 28, de crisis interior, de forcejeo contra otra especie más dolorosa, si cabe, de la miseria. Los versos que por excepción escribe, se limitan a presentar a lo vivo lo que pudiera llamarse su materia orgánica, su fibrosa estructura, contrayéndose a ser, en lugar de ramos floridos, astillas quebradas, desiguales, punzantes, testimonio directo del destrosadísimo estado en que se halla su siquismo" (22).

Sin embargo, en 1926 y en compañía del propio Larrea edita la revista *Favorables*, la que lo pone en contacto con figuras literarias de relieve, tanto de Francia como de España. Sus amigos y colaboradores de ese tiempo son José Bergamín, Tristán Tzará, Gerardo Diego, Federico García Lorca, Vicente Huidobro, Jean Gris. Además, desempeña la corresponsalía en París de la revista "Mundial" de Lima y sirve de traductor a diversas publicaciones americanas. Conducía ejemplar, sobre todo si consideramos que su dignidad lo ha hecho renunciar, en compañía de Xavier Abril, a una beca de cinco mil pesetas del gobierno español, "por no

(20) Cornejo, "Antología".

(21) Coyne, "Apuntes".

(22) Juan Larrea: "Memoria a César Vallejo" (revista "Claridad", N.º 344, Buenos Aires, octubre de 1940).

poder soportar el ambiente administrativo de Primo de Rivera" (23).

No dura mucho su estabilidad emotiva. Imaginad esta escena en París, en 1927. Un hombre flaco, huesudo, de alta cabeza india, viene saliendo del diario en que trabaja. Atraviesa l'Etoile, se hunde en el Metro, vuelve a salir cerca del Sena. En el restaurante de La Jardinière se echa al hombro un pan inmenso y una botella de vino. En la primera escala baja al río, se sienta en una piedra musgosa y comienza a comer su pan y a beber su vino. "Recados al Perú", grita, y lanza la botella al río. Después se queda largo rato mirando el agua, el tiempo, el largo color de la amargura.

Sabemos que vive en la Rue de Sainte Anne y que está solo y que se siente ausente y extranjero. Que pasea lentamente por las calles, con extraños objetos en los bolsillos: un pedazo de cera, galletas, revistas amarillas. Y que llora en las tardes, con un callado llanto de exilado. Sabemos que le duele el hombre y que lo busca. Y que lo encuentra y lo vuelve a perder. Y que no pide nada, nada sino una piedra en qué sentarse, una piedra cualquiera, "siquiera la que hallaren atravesada y sola en un insulto" (24).

Pero nadie le da nada. Europa vive su propio problema y nadie se acuerda de este otro "indio triste" de la sierra peruana. Hasta que de pronto le llega una invitación para visitar la Unión Soviética y Vallejo sale precipitadamente con destino a Moscú, a fines de 1928. Mucho se ha especulado con la gestación de este viaje, en circunstancias que la verdad es muy sencilla: desde lejos lo llama la mano oculta de Mariátegui, el mismo Mariátegui que lo invitaba a tomar el té en las interminables tardes limeñas.

Su estada en la Unión Soviética es breve. A pesar de esta brevedad, alcanza a conocer personalmente a Maiacowsky y a estu-

diar la nueva estructura del socialismo. A su regreso a Francia se muestra reservado y reticente, aún con sus amigos, a quienes sólo da informaciones telegráficas, inobjetables. Vicente Huidobro ha contado que le oyó decir en el café de la Rotonde frases como estas: "He conocido la libertad. Los obreros están en el poder. Dentro de poco, la Unión Soviética será el primer país de la historia" (25). Nada más. Ni nada menos.

Otra fotografía desteñida, muy de la época, nos lo muestra a su regreso de Moscú. Acaba de unirse en matrimonio a Georgette Phillipart, una joven bretona que le deparó los pocos momentos gratos y hogareños que el poeta conoció en su vida. Están en un balneario de la costa. Vallejo, en camisa, de alto cuello duro, frente despejada y gesto ausente. A su lado, de pie, en segundo plano, con capota de paño y largo vestido lesado, la fina coquetería de Georgette.

En compañía de su esposa realiza, a comienzos de 1929, un viaje a Gran Bretaña. Y ese mismo año vuelve a Rusia, visitando de paso Berlín, Praga, Viena, Budapest, Venecia, Florencia, Roma, Génova, Niza, Leningrado y Moscú (26). Sus nuevas impresiones sobre la Unión Soviética, se comienzan a publicar a principios de 1930 en la revista *Bolívar* de Madrid, en una serie titulada *Un reportaje a Rusia*, artículos que más tarde constituirán su libro, *Rusia, 1931*.

Mucho se ha discutido acerca de la filiación política de Vallejo, siendo visible el interés por asimilarlo a un partido determinado. Hay quienes lo tildan de aprista, otros de comunista, no pocos de anarquista de izquierda y algunos hasta de "cristiano medular", forma nueva y espectacular del cristianismo. Pero hay al respecto una confesión escrita de Luis Alberto Sánchez que conviene consignar: "Sin esfuerzo alguno, si quisiera seguir

(23) Concha Meléndez: "Albas de Xavier Abril" (revista *Hispánica Moderna*), Nueva York, año IV, N.º 3, abril 1938).

(24) Vallejo: "La rueda del hambriento", *Poemas Hu-manos*.

(25) Relatado por Vicente Huidobro, durante una conversación en Cartagena, en marzo de 1946. Estaban presentes, entre otros, Jaime del Valle-Inclán y Godofredo Giomy.

(26) "Nuestra España", notas biográficas (Repertorio Americano, San José de Costa Rica, año XX, N.º 859, tomo XXXVI, N.º 3, 12 de noviembre 1938).

la cómoda carrera de las apropiaciones partidarias, podría demostrar que Vallejo fue filo aprista, por sus amistades hasta el día de su muerte, sus versos de elogio a Haya de la Torre, su actuación en la primera célula de París en el año 1926, sus últimas cartas. Sería, confesémoslo, un afán grotesco. No porque careciera de éxito, sino por su macabra intención. Emplear a los muertos como trampolín de nuestros intereses terrenos es una forma de antropofagia moral intolerable". Lo curioso es que a poco andar, Sánchez aclara: "No pretendo negar la posible filiación política de Vallejo, ni importa a su obra literaria", frase que adquiere un matiz muy especial en boca de un aprista reconocido y hasta casi furioso. En cualquier caso, Vallejo fue un militante de extrema izquierda y un decidido defensor de la Unión Soviética y de la causa socialista.

El año 1930 es de actuación pública continua en la vida del escritor. Se conecta a los obreros y al Partido Comunista Francés, trabaja en periodismo, hace declaraciones sobre poesía. La Compañía Iberoamericana de Publicaciones le imprime una lujosa segunda edición de "Trilce", con prólogo de José Bergamín y un poema saludo de Gerardo Diego.

Durante esos meses publica su "Autopsia del superrealismo", anticipándose a los juicios de Miró que lo calificaban de "formalista influenciado por Tristán Tzará". Ese mismo año y debido a sus campañas de prensa, que lo signaban como "agitador peligroso", Vallejo es expulsado de Francia.

A partir de ese momento, su figura aparece cada cierto tiempo en diversos lugares de Europa. En el invierno del 30, pasea lentamente por Madrid en compañía de César Miró, hablando entusiasmado de Salamanca, de donde acaba de regresar. El 31 está en Sevilla y poco después en Madrid, en donde asiste, el 14 de abril, a la proclamación de la República. Meses más tarde en Valencia, en compañía de Unamuno. Alcanzamos a escuchar una carcajada y la frase final de Vallejo: "Sí, pero el vasco no es

un hombre, es una especie de caballo-dios". Un poco más lejos, alcanzamos a escuchar también el silencio de Unamuno. El 32 vuelve a París y continúa su labor periodística. El 33 aparece en Marsella. El 34 hace un viaje a Italia y se detiene por algunas semanas en Florencia.

De pronto reaparece en París, cansado, enfermo, y debe guardar cama por algunos días. Sobre la pequeña mesa sin pintar, en humilde vaso de barro, hay un ramo de rosas negras. Bajo la hilacha de luz que se cuelga por el ventanuco, sobre el muro de la izquierda, dos apuntes a lápiz de Picasso. Junto al muro de la derecha, una escultura en plomo de José de Grefy y en torno a ella, trabajos de Jean Gris, Braque y Delaunay. Encima de un estante, en el suelo y en el alma, papeles, sólo papeles. Al fondo, junto al cañón de la salamandra, la olla retiznada donde hierve una humilde sopa de cebollas... Es el nuevo cuarto del matrimonio Vallejo en París.

Evocando este decorado, nos viene a la memoria una historia ingenua, muy de poeta, que nos contaba hace años el argentino Rojas Paz, otro de los latinoamericanos que compartieron sus días de París. Decía Rojas que, en medio de la charla, Vallejo tenía la costumbre de abstraerse y escribir con gran rapidez en unos extraños papeles, muchas veces poemas enteros que luego lanzaba, desde lejos, detrás de los cuadros que adornaban sus muros. Como es lógico, esta costumbre causaba una gran curiosidad en sus amigos, curiosidad que comenzó a crecer hasta tal punto, que un día los papeles empezaron a desaparecer, tragados por el misterio. Y agregaba nuestro interlocutor que muchos años después de su muerte, pudo comprobar, en más de una ocasión, que estos borradores de Vallejo eran publicados, bajo su firma, por poetas españoles, franceses y americanos en diversas revistas literarias. La historia tiene mucho de verosímil y vendría a explicar la verdadera ola de influencia vallejana que durante un tiempo invadió a la poesía de habla hispánica.

Pero volvamos al cuarto del poeta y examinemos brevemente sus apuntes. Allí están los originales, a medio terminar, de sus piezas teatrales "Entre las dos orillas corre el río", "Los hermanos Colacho" y "La piedra cansada", que nunca llegarán a publicarse y que ya se suponen definitivamente perdidos. Aquí está su ensayo "El Arte y la Revolución" y más acá tenemos la primera versión de su otro ensayo "Contra el secreto profesional", publicado fragmentariamente en forma de artículos. Al fondo, en un paquete, los innumerables artículos de "Paz y Democracia", el legendario periódico español. Y por todas partes poemas y más poemas.

El hecho de cómo ha sido posible la creación de esta obra, en el ambiente absolutamente cruel y hostil que siempre lo rodeó, es otro de los misterios sin solución lógica. De su vida en Europa, Ernesto More ha escrito que Vallejo "lloraba cuando estaba lleno de placer. El llanto fue siempre el tablamento, la coronación de su alegría. Jamás lloró por sí mismo... Lloraba por otras cosas. Por Cristo, por Lenin y por Chaplín" (27).

Sufre y lucha por el hombre, cuyo enigma ya ha logrado desentrañar definitivamente. Casi no escribe. Vive un proceso de maduración ideológica, una larga clarificación espiritual. Gran parte de su obra posterior de los "Poemas Humanos" y "España, aparta de mí este cáliz", corresponde a estas vivencias atormentadas de la Europa de esos días. Desde luego, la esperanza revolucionaria, la seguridad en la conquista de un mundo mejor, donde no haya individuos ni pueblos mártires. "Ya va a venir el día, ponte el cuerpo..." "Ya va a venir el día, ponte el sol" (28).

Su extraordinaria condición humana se agudiza al máximo de su tensión. Su capacidad doliente y solidaria, esa fraternidad

natural hacia los seres y las cosas que hizo exclamar a Mariátegui: "Vallejo siente todo el dor del mundo" (29), se universaliza más allá de lo posible, pero al mismo tiempo que se amplía su capacidad de dolor se multiplica su capacidad de amor, de ternura imponderable por el ser humano. "Amado sea aquel que tiene chinches, / el que lleva zapato roto bajo la lluvia, / el que vela el cadáver de un pan con dos cerillas, / el que se coge un dedo en una puerta, / el que perdió su sombra en un incendio..." (30).

Y llega el momento cumbre en que su pluma se derramará como un torrente de ternura y de protesta: la Guerra Civil Española. César Miró ha fijado este momento en los siguientes términos: "César Vallejo está en España en 1937. España está en guerra civil. La guerra está en su corazón. Su corazón está con los que defienden la libertad del pueblo. Y siente el dolor en su carne atormentada y tormentosa, y no puede sufrirlo sin que se conmuevan sus células, sin que broten las palabras ardientes como por la boca de una herida" (31).

Ya situado en el centro de la llama, comienza a escribir febrilmente, a interpretar este nuevo sentido heroico de la vida, donde él pasa a ser un soldado más en la batalla por la liberación definitiva. El descubrimiento de este nuevo concepto líder lo va inclinando a la épica social y su producción poética cobra una rapidez vertiginosa, hasta tal punto que en pocos meses logra completar sus dos libros esenciales y escribir otros tantos poemas, ya para siempre perdidos.

El poeta y el hombre han encontrado su destino. Y lo han encontrado en el camino del pueblo, en un instante en que la lucha común se convierte en el símbolo espiritual

(27) Ernesto More: "Gauguin", en revista "Mundial" (Lima, N.º 8, abril 1927), (referencia a conversación con Vallejo).

(28) Vallejo: "Los desgraciados", *Poemas Humanos*.

(29) José Carlos Mariátegui: "El proceso de la literatura", en "Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana". (Lima, empresa editora Amauta, Ediciones Populares de las Obras Completas, 1959).

(30) Vallejo, "Traspié entre dos estrellas", *Poemas Humanos*.

(31) Miró, prólogo a *Poesías Completas*.

para la juventud del mundo. "España, aparta de mí este cáliz" aparece en Madrid en 1937, en el mismo año en que se publica "España en el corazón" de Neruda. Ambas obras, junto a "Viento del pueblo", de Miguel Hernández, son, sin duda, las voces líricas más altas de la tragedia española, obras que lograron remecer la conciencia de la poesía mundial. La obra de Vallejo fue impresa por los soldados del Ejército Republicano del Este. Posteriormente, la edición fue requisada a la caída de Cataluña, para ser reimpressa en México en 1940, bajo la dirección de la Unión Cívica de Escritores Españoles. Antes lo había sido en 1938, en un número a mimeógrafo de "Nuestra España" y como un homenaje póstumo que le rindió al poeta el Comité Iberoamericano de la Asociación Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura.

Esta gran pasión por España y por su pueblo es la que termina de agotarlo fatalmente. Es una pasión épica, más allá de la resistencia corporal de un hombre. En una crónica de 1937, el propio Vallejo da cuenta de esta locura colectiva por la justicia, con las siguientes palabras: "Hombres y mujeres se lanzaban por las rutas de Somosierra y de Extremadura, en un movimiento delirante, de un desorden genial de gesta antigua. Un estado de gracia —así podríamos llamarlo— pocas veces dado a pueblo alguno en la historia y sí muy explicable en la naturaleza sensible, directa y como adánica del pueblo español" (32).

El extraordinario trabajo intelectual de los últimos años, el estado febril y atormentado que le significa la incertidumbre del destino de España —"corro, escribo, aplaudo, lloro, atisbo, destrozo, apagan, digo a mi pecho que acabe, al bien, que venga"— (33), termina con las energías del ilustre cholo, quien, en el último momento intenta regre-

sar al Perú, pero sin decidirse del todo a dejar a España sola.

Comienza a atacarlo una fiebre misteriosa, que le sube en las tardes paulatinamente, hasta que se hace constante y tiene que ser hospitalizado en una clínica del Boulevard Aragón. Desde el lecho, todavía le quedan energías para describir sus impresiones de la clínica, los hechos mínimos que rodean la vigilia de los enfermos: "Sirviendo la causa de la religión, vuela con éxito esta mosca, a lo largo de la sala. A la hora de la visita de los cirujanos, sus zumbidos no perdonan el pecho, ciertamente, pero desarrollándose luego se adueñan del aire, para saludar, con genio de mudanza a los que van a morir" (34).

Palabras que tienen la emoción de una despedida, ya que pronto comienza a morir César Vallejo. Ha encontrado el camino del porvenir, pero su lucha ha sido demasiado cruenta, su vida demasiado trágica, demasiado doloroso el hilo fino y ronco de su sangre. ¡Y no cabe tanto dolor en el cuerpo de un hombre! ¡Ni tanto cuerpo en el alma!

Aparentemente muere de pasión, sin estar enfermo de nada. Sin embargo, el frío la miseria, el hambre y la desesperanza, le han dejado una huella que le afiebra la mirada y le hace más lúcida la lucidez prodigiosa de su vida. En "Piedra negra sobre una piedra blanca", obedeciendo a los designios de un extraño sentido profético, nos había dicho: "Me moriré en París con aguacero / un día del cual tengo ya el recuerdo. / Me moriré en París —y no me corro— / tal vez un jueves, como es hoy, de Otoño" (35).

Y muere en París, bajo un cielo cristalino, en la mañana de un viernes santo. Muere silenciosamente, en la clínica del Boulevard Aragón, exactamente a las 9.20 de la mañana del 15 de abril de 1938, "sin aspaviento alguno, dignamente, con la misma dignidad

(32) Vallejo: "Las grandes lecciones culturales de la Guerra Española", artículo (Repertorio Americano, San José de Costa Rica, 27 marzo 1937).

(33) Monguió, "César Vallejo".

(34) Alejandro Lora: "César Vallejo frente a Rilke, Dalí y Kafka" (revista "Atenea", Universidad de Concepción, Chile, Año XXXIII, tomo CXXIV, N.os 367-368, enero-febrero 1956).

(35) Vallejo: "Piedra negra sobre una piedra blanca", *Poemas Humanos*.

con que había vivido" (36). Sus últimas palabras fueron: "Allí... Pronto... navajas... Me voy a España" (37).

Alrededor de sus huesos, se reúnen silenciosos durante tres días, los artistas de Francia. Y Louis Aragon, a nombre de la Asociación de Escritores Franceses, lo despide con estas palabras: "César Vallejo, en su obra y en su conducta de artista, es el intérprete de su raza, el escritor representativo de un pueblo. Y su vida, una reafirmación constante y cada día superada, de los principios por los cuales luchó hasta la muerte. Es preciso que este soldado de la lucha común, que nos abandona después de una vida tan dura, lejos de su país, continúe viviendo en nuestro recuerdo. Debemos perpetuar la memoria de uno de los defensores

más abnegados de la cultura mundial" (38).

Durante una estada en París, en 1950, pretendí visitar su tumba en el viejo cementerio de Mont Rouge. A pesar del homenaje de Aragón, nadie lo conocía. La nieve comenzaba a cubrir los sepulcros y fue imposible establecer la ubicación exacta de sus huesos. El administrador del cementerio me hizo acompañar por un guía. Durante largo rato recorrimos prados y avenidas, buscando, emocionados, el nombre del poeta entre los muertos franceses, belgas, hindúes. No apareció esa mañana. Tal vez no aparezca nunca. Su nombre era voladura, viento cansado, ceniza. Seguía nevando, lentamente, una espumilla triste...

Sin embargo, "su cadáver estaba lleno de mundo" (39).

(38) Louis Aragon, síntesis del discurso ante la tumba del poeta, en *Antología de César Vallejo*, selección y prólogo de Xavier Abril (Buenos Aires, editorial Claridad, 1943).

(39) Vallejo: Fragmento III del "Himno a los voluntarios de la República", de *España aparta de mi este cáliz* (México, editorial Séneca, Colección Lucero, 1940).

(36) Larrea, Memoria.

(37) Andrés Iduarte: "César Vallejo" (revista "Hora de España", N.º 20, 1938).